

CAPITULO XXV

El mensajero

Luisa San Felice y Salvato habían visto lo que pasaba en las casas de la Palmera y de la duquesa. Luisa ignoraba de dónde viniese aquella invasión, y cuál fuese su objeto; verdad es que la duquesa se había negado á seguir á Luisa al Castillo Nuevo, prefiriendo quedarse en su casa y diciendo que si le amenazaba algún peligro serio, tenía medios de huir.

Aterróse Luisa al oír la descarga, no creyéndola dirigida contra el papagayo.

En aquel momento, un hombre con traje de aldeano de los Abruzzos tocó con el dedo á Salvato, quien dió un grito de contento al reconocer al mensajero que había enviado á su padre.

— ¿Le has visto?

— Sí, excelentísimo.

— ¿Qué le has dicho?

— Nada : le entregué vuestra carta.

— Y él, ¿qué te dijo?

— Nada. Me dió estas tres cuentas de su rosario.

— Bien, ¿qué puedo hacer por ti?

— Dar-me ocasiones de servir á la república y de morir por ella.

— ¿Tu nombre?

— Es obscuro. Ni siquiera soy napolitano, aunque he habitado diez años los Abruzzos : soy ciudadano de una villa desconocida todavía, pero que será con el tiempo la capital de la humanidad.

Salvato le miró asombrado.

— Quédate al menos con nosotros, le dijo.

— Tal es mi deseo y mi deber.

Salvato le alargó la mano comprendiendo que era la única recompensa que podía dar á tal hombre.

El mensajero entró en el fuerte, y Salvato volvió al lado de Luisa.

— Tu semblante me anuncia una buena noticia, querido Salvato, dijo Luisa.

— En efecto, ese hombre me acaba de dar una buena nueva.

— ¿Ese hombre?

— ¿Ves esas tres cuentas de rosario?

— ¿Y bien?

— Nos indican que un corazón afectuoso y una

voluntad incontrastable velan de hoy más sobre nosotros y que no debemos desesperar ni aun en los más duros trances de la vida.

— ¿Y de quién viene este talismán que tal confianza te inspira?

— De mi padre.

Y Salvato contó por la primera vez á Luisa la terrible historia de su nacimiento. Al concluir llamó su atención el movimiento de la fragata *Sea-Horse* surta en la bahía, y con ayuda de un anteojo notó que desembarcaban cañones de grueso calibre, que pusieron en batería contra el sitio llamado las Tullerías. Dos horas después se oía un nutrido cañoneo contra el castillo del Huevo, dirigido por orden del cardenal, con objeto de estrechar más por esta parte la oposición de los patriotas.

Al cabo de algunas descargas Salvato vió desprenderse una barca que se dirigía hacia el Castillo Nuevo; hacíale señas el que en ella venía, y Salvato dió orden de que le introdujeran: tráfale una carta y dejando á Luisa y convocando al comandante Massa y á sus oficiales les leyó la siguiente misiva:

« Mi querido Salvato :

» Os supongo enterado de la fiesta celebrada por los lazzaronis en Margellina : no es menos divertida

la que nos dan lo rusos con sus cañones : las murallas del castillo del Huevo bailan al son de esa música y nosotros también ; pero las mujeres y niños aquí refugiados no son del mismo parecer.

» Allá va una proposición para salir del paso.

» Las lazzaronis dicen que cuando Dios se fastidia allá arriba, abre las ventanas del cielo y mira á Nápoles : ofrezcámosle, pues, el espectáculo de un puñado de hombres honrados dando varapalo á toda esa canalla.

» ¿ Qué os parece ?

» Aquí tengo doscientos húsares que se quejan de tener entumecidos brazos y piernas con ganas de estirarlos, amén de una docena de cartuchos que cada cual sabrá utilizar.

» Transmitid mi pensamiento á Manthonnet y á los patriotas de San Martín, y si merece la aprobación de todos, tirad á las doce de la noche un cohete y nos reuniremos en la plaza de la Victoria á cantar una misa digna de un cardenal.

» Nuestro apasionado amigo,

» NICOLINO. »

Concluyóse la lectura entre los aplausos de los concurrentes, y después de deliberar quedó Salvato encargado de mandar la proyectada expedición.

— Un hombre resuelto que lleve el duplicado de esta carta, dijo Salvato. Y vió acercársele el patriota genovés que llevó el mensaje á su padre.

— Imposible, dijo Salvato.

— ¿Por qué?

— Porque acabáis de llegar y debéis estar rendido de fatiga.

— He tenido tiempo de descansar.

Salvato, que conocía ya el valor y la inteligencia del mensajero, no insistió más, y le dió la copia de la carta de Nicolino encargándole que la entregase en propia mano á Manthonnet.

Cuando llegó el mensajero encontró á los patriotas inquietos con el cañoneo que sufría el castillo del Huevo: así es que se aceptó inmediatamente la proposición de Nicolino dándose las órdenes para obrar en consecuencia; pero al mismo tiempo se oyó un nutrido tiroteo de fusilería y de allí á poco varios fugitivos trajeron la noticia de que los albaneses se habían apoderado de las posiciones de los Jardines.

El acontecimiento era fatal sobre todo si se trataba de llevar á cabo el proyecto de Nicolino, pues estaban cortadas las comunicaciones entre San Martín y el castillo del Huevo. Manthonnet opinaba que á todo trance debían recuperarse las posiciones

de los Jardines; pero el mensajero genovés dijo que se comprometía, entre diez y once de la noche, á desembarazar de lazzaronis toda la calle de Toledo dejándola libre á los patriotas. Pidió Manthonnet que le comunicase su proyecto, y el genovés consintió á condición de no hacerlo sino á él solo. Oída la confidencia, Manthonnet participó de la confianza del mensajero.

Esperóse pues la llegada de la noche, y al dar la última campanada del *Angelus*, un cohete lanzado de San Martín, previno á Nicolino y á Salvato, que estuviesen prontos para las doce.

Á las diez, el mensajero, en quien todos tenían fijos los ojos y la esperanza, pidió pluma y papel y escribió una carta. Terminada ésta, quitó su vestido y endosó una chaqueta sucia y desgarrada, se puso una escarapela roja, colocó la carta que acababa de escribir entre la baqueta y el cañón de su fusil, y por caminos extraviados apareció en la calle de Toledo, por el museo Borbónico, como si viniese de la Magdalena, y penetrando en el cuartel general se presentó á los jefes Fra-Diávolo y Mammone, que se hallaban en el piso bajo del palacio Stigliano.

Mammone estaba á la mesa, teniendo, según costumbre, cerca de sí, un cráneo recientemente cortado á la cabeza, quizás de un moribundo: ha-

llabase solo y sombrío, sin que nadie se curase de tomar parte en sus comidas de tigre.

Fra-Diávolo cenaba también, teniendo á su lado disfrazada de hombre, á la bella Francesca.

Introdujeron al mensajero cerca de Fra-Diávolo: presentó á éste las armas y le entregó el despacho dirigido por el cardenal á Fra-Diávolo. Dábasele orden de replegarse con cuanta gente pudiese al puente de la Magdalena para una expedición nocturna muy delicada que sólo podía confiarse á un hombre como Fra-Diávolo.

En cuanto á Mammone, como habla perdido la mitad de su tropa, se le madaba que se retirase aquella noche y se fortificase detrás del Museo Borbónico.

La orden estaba firmada por el cardenal Ruffo y en la *posdata* decía que se obedeciese sin perder un instante. Fra-Diávolo fué á consultar á Mammone y el mensajero le siguió.

Mammone, por recelo ó por honrar al cardenal, llenó de vino el cráneo ensangrentado y guarnecido de cabellos, y presentándole al mensajero le invitó á brindar á la salud del cardenal Ruffo.

Tomóle de las manos del molinero de Sora, gritando: « ¡Viva el cardenal Ruffo! » y sin aparentar la más leve repugnancia, bebió.

— Bien, dijo Mammone, di á Su Eminencia que le obedeceremos al punto.

El mensajero enjugó sus labios con la manga, echó armas á discreción y salió.

Mammone sacudió la cabeza, diciendo:

— No me inspira mucha confianza ese mensajero.

— Tiene un acento singular, continuó Fra-Diávolo.

— Llamémosle.

Y ambos salieron, y aperciéndole á corta distancia:

— ¡Eh! ¡amigo! le dijo Mammone; ven, tenemos que hablar.

— ¿Qué se ofrece á V. E.,? dijo poniendo el pie en el primer escalón del palacio.

— ¿De qué provincia eres?

— De la Basilicata.

— Mientes, dijo un marinero, que por casualidad se hallaba allí: eres genovés como yo, me lo dice tu acento.

Al mismo tiempo Mammone atreyesó de un pistoletazo el corazón del infeliz patriota, que rodó muerto á sus pies.

— Que arranquen el cráneo á ese traidor, añadió, y que me lo traigan lleno de sangre.

— Vuestra Excelencia tiene ya otro en la mesa,

dijo uno de sus servidores con repugnancia.

— Pues arrojale y tráeme el nuevo : desde este instante juro no beber dos veces en el mismo cráneo.

Así murió uno de los más ardientes patriotas de 1799, dejando recuerdo de su heroísmo, aunque se ignora su nombre.

CAPÍTULO XXVI

El último combate

Viendo que no volvía el mensajero, Manthonnet comprendió que había caído prisionero ó muerto.

Había previsto el caso y al ardid frustrado oponía otro ardid, mandando tocar á ataque en lo alto de la calle de la Infrascata, como si tuviera 20000 hombres sobre las armas, para hacer creer á Fra-Diávolo y á Mammone que el gobernador de San Telmo se decidía á atacarlos. El ardid produjo su efecto, y los dos jefes sanfedistas tomaron las armas creyendo cierta la orden del cardenal, atrincherándose detrás del Museo Borbónico, situado frente á la Infrascata.

— Me parece, dijo Fra-Diávolo, que has andado algo precipitado, y que el cardenal podría decirte :

— Cañ, ¿ qué has hecho de tu hermano ?

— Un genovés no ha sido ni será nunca mi hermano, respondió Mammone.

— ¿ Y si hubiese mentido el marinero ?

— Tendría un cráneo más.

Y así diciendo, los dos jefes pusieron en movimiento su gente, y abandonaron sus posiciones. Observábalo todo Manthonnet, y se lanzó con cien hombres á la calle de Toledo á ocupar los puestos que tenían diez minutos antes Fra-Diávolo y Mamone, corriendo al extremo de Pizzofalcone, frente al castillo del Huevo, sitio de la cita.

Pero la toma de los Jardines había trastornado el plan concertado, en términos que no esperando en la calle de Toledo á la tropa de Manthonnet, la tomaron por realista, y el puesto de San Fernando hizo fuego: respondieron los patriotas, y el número de muertos hubiera sido grande, si el grito de « ¡ Viva la república ! » no hubiese descubierto el error. Ya era tiempo, porque Salvato y Miguel habían llegado al sitio de la batalla.

Dieron en tanto las doce, y todos habían acudido á la cita en número de setecientos hombres. Los republicanos sabían que los sanfedistas no tenían santo ni seña, y que se reconocían al grito de « Viva el rey. »

Los centinelas del puesto borbónico, ignorando la toma de los Jardines, vieron sin recelo acercarse una columna que de cuando en cuando gritaba « Viva el rey, » y dispuestos á recibirla, víctimas de

su error, perecieron á cuchilladas. Sólo el último centinela pudo dar la voz de alarma, disparando su fusil. El comandante de la batería, hombre más sagaz, puso á su gente sobre las armas gritando: « ¡ Alto ! » Comprendieron entonces los patriotas que estaban descubiertos, y se arrojaron sobre la batería servida por los calabreses, y después de una lucha larga y encarnizada, quedaron los republicanos dueños de ella.

Como aun quedaba una hora, después del triunfo conseguido por la triple salida, propuso Salvato que se emplease en sorprender el batallón de albaneses que se había apoderado de los Jardines, interceptando la comunicación entre el castillo del Huevo y el convento de San Martín. Hízose así y los republicanos se dividieron en dos columnas: una bajo las órdenes de Salvato, que llegó sigilosamente detrás del palacio del Vasto, y otra al mando de Nicolino y de Manthonnet, que viéndose descubierta al llegar á la calle de Chiaia, empezó el fuego.

Apenas oyeron los primeros tiros Salvato y Miguel, desde el palacio y los jardines del Vasco, escalaron las murallas con su gente y cayeron sobre la retaguardia de los albaneses; hicieron éstos una resistencia heroica desesperada, pero no era

menos el denuedo de los republicanos y éstos los pasaron todos á cuchillo sin que quedase uno solo; y los vencedores, ebrios con la victoria de este último combate, volvieron los ojos hacia la calle de Toledo.

Conociendo Mammone y Fra-Diávolo que los enemigos habían simulado un falso ataque, volvían con precaución á sus posiciones abandonadas, escuchando inquietos el tiroteo, que cesó al cabo de algún tiempo, cuando vieron derrumbarse por diferentes calles una avalancha de soldados, que arrollaba y exterminaba cuanto se le ponía por delante.

Los tres jefes patriotas se encontraron en la calle de Medina, y se abrazaron, porque en esos momentos supremos, al encontrarse, se ignora si al separarse será para siempre.

— Á fe mía, dijo Nicolino al volver al castillo del Huevo, con doscientos hombres, faltándole unos cincuenta, no sé si Dios ha abierto su ventana, ni si se ha divertido; pero sin duda le ha debido agradar el ver que hay hombres que prefieren morir á vivir bajo el yugo de la tiranía.

Salvato se encontraba en frente del Castillo Nuevo, en donde le esperaba inquieto el comandante Massa, que había oído el tiroteo; al verlos

llegar á los primeros albos de la mañana, les abrió las puertas del castillo, felicitándoles por su victoria, aunque habían perdido una cuarta parte de su gente.

Nicolino volvió al castillo del Huevo y Manthonnet al fuerte de San Martín.

Las comunicaciones habían quedado libres; los republicanos contaban una pérdida de doscientos hombres, pero habían matado más de setecientos defensores del altar y el trono.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.

ÍNDICE

CAP.	I. — Nicola Addone.....	5
—	II. — El buitre y el chacal.....	14
—	III. — Águila y buitre.....	26
—	IV. — El ejército de la fe.....	38
—	V. — Los regalillos sostienen la amistad.....	49
—	VI. — Héctor Caraffa.....	64
—	VII. — Schipani.....	77
—	VIII. — El principio del fin.....	96
—	IX. — La fiesta de la fraternidad.....	105
—	X. — El rebelde.....	111
—	XI. — De qué elementos se componía el ejército católico de la Santa Fe.....	119
—	XII. — La moneda rosa.....	128
—	XIII. — Las últimas horas.....	135
—	XIV. — Un hombre honrado propone una mala acción que gentes honradas cometen la tontería de rehusar.....	142
—	XV. — En donde Simón Backer pide un favor.....	152
—	XVI. — La liquidación.....	166
—	XVII. — La última advertencia.....	179
—	XVIII. — Las avanzadas.....	192
—	XIX. — La jornada del 13 de Junio.....	200
—	XX. — Lo que iba á hacer el <i>beccaio</i> en la <i>via dei Sospiri dell' Abisso</i>	228

CAP. XXI. — La noche del trece al catorce.....	250
— XXII. — La jornada del catorce de Junio.....	259
— XXIII. — Noche del catorce al quince de Junio..	270
— XXIV. — Caída de San Gennaro y triunfo de San Antonio.....	275
— XXV. — El mensajero.....	282
— XXVI. — El último combate.....	291



